

— Colección *Comunicación y Pensamiento* —

MOVIMIENTOS POPULISTAS EN EUROPA: LA ACTUALIZACIÓN DEL DISCURSO TOTALITARIO EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ACTUALES Y SU REPERCUSIÓN EN LA OPINIÓN PÚBLICA

Editoras

Concha Langa Nuño
Lucia Ballesteros-Aguayo

Autores

(por orden de aparición)

Concha Langa Nuño
Lucia Ballesteros-Aguayo
Francisco Valiente Martínez
Jorge Bolaños Carmona
M^a Paula O'Donohoe Villot
Pamela Giorgi
Manuel Ruiz Romero
Rafael Fernández Ruiz
Vania Baldi
Inês Santos Moura



MOVIMIENTOS POPULISTAS EN EUROPA: LA ACTUALIZACIÓN DEL DISCURSO TOTALITARIO
EN LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN ACTUALES Y SU REPERCUSIÓN
EN LA OPINIÓN PÚBLICA.

Ediciones Egregius

www.egregius.es

Diseño de cubierta e interior: Francisco Anaya Benitez

© Los autores

1ª Edición. 2018

ISBN 978-84-17270-66-7

NOTA EDITORIAL: Las opiniones y contenidos publicados en esta obra son de responsabilidad exclusiva de sus autores y no reflejan necesariamente la opinión de Egregius Ediciones ni de los editores o coordinadores de la publicación; asimismo, los autores se responsabilizarán de obtener el permiso correspondiente para incluir material publicado en otro lugar.

EL DISCURSO NACIONALISTA EN LOS MOVIMIENTOS POPULISTAS. TOTALITARISMOS DEL SIGLO XX Y POPULISMOS EN LA ERA ACTUAL

Dra. Lucía Ballesteros-Aguayo

Universidad de Sevilla, España

Dr. Jorge Bolaños Carmona

Universidad de Granada, España

Resumen

En un entorno social cada vez más complejo aparece con claridad la simplicidad de las promesas sociales de las prácticas consideradas como “populistas”, que adquieren gran proyección en su transmisión a través de los medios de comunicación. Inicialmente parecería ilógica la eficacia del mensaje directo e irracional que es incapaz de abordar los problemas de nuestro tiempo con un mínimo de eficacia, sin embargo, es precisamente esa simplicidad la que nos hace estar atentos a las ideas que, más allá de buscar la verdad social, prefieren confrontar un mundo imaginario basado en el pasado, pero proyectándose siempre utópicamente en el futuro.

En este trabajo abordamos el estudio de algunas de las principales acepciones que adquiere el fenómeno populista desde los parámetros de contemporaneidad y desde el impacto que éste provoca en la opinión pública. Dada la complejidad de una realidad social cambiante y de la relevancia de las fuentes informativas complementarias a los soportes tradicionales, la necesidad de reflexionar sobre los efectos mediáticos de los movimientos populistas se convierte en una prioridad científica.

Una vez apuntados los riesgos que pueden suponer estas prácticas discursivas para la ciudadanía, concluiremos con una defensa del pluralismo mediático propio de la democracia entendida como el sistema más adecuado para el debate político, la divergencia ideológica, el pensamiento crítico y el ejercicio legítimo de los medios de comunicación.

Palabras claves

Populismo, democracia, medios de comunicación, opinión pública

1. Introducción

La interconexión y la globalización de nuestro siglo tienden a generar conflictos numerosos y complejos que requieren de un abordaje sosegado y científico más que simple y emocional. No es de extrañar que sea el paradigma de la complejidad uno de los elementos de análisis claves de las ciencias sociales de hoy en día. Como exponen Bolaños y Acosta (2009), la conflictividad se relaciona con la multiplicidad de contactos entre personas, grupos e instituciones, cada uno en búsqueda de su propio proyecto. La paz social será pues fruto imperfecto de la gestión adecuada de los innumerables conflictos que enfrentamos en nuestros días, como recogen Muñoz y Bolaños, 2011:

Podemos afirmar que la conflictividad proviene de la gestión de la complejidad... Al fin y al cabo los conflictos son fruto de la complejidad y la paz es la vía más armónica de regularlos.

Cabe preguntarse entonces si el populismo puede convertirse en una amenaza para la paz social por las consecuencias de su actuación económica, política y social.

En primer lugar, debemos acotar qué entendemos por “populismo”. Existe una pluralidad de acepciones a lo largo de su evolución histórica. Uno de los trabajos más recientes es el de Javier de Santiago Guervós (2015) sobre el proceso de relexicalización que experimenta el término a través de su transmisión mediática. De Santiago Guervós define la relexicalización de la siguiente manera:

Desprender a cierta palabra de su significado dándole una acepción matizada, frecuentemente mediante connotaciones; el uso de palabras-clave se apoya en la repetición, que es también desemantizadora.

Al mismo tiempo sitúa el auge y recuperación del calificativo “populista” en el discurso mediático y político a raíz de la irrupción en España del partido Podemos en el panorama político español. A partir de este momento

El término se convirtió, durante algunos meses, en protagonista de la vida política y paso a formar parte del léxico político activo del español [...] recogemos el envilecimiento semántico de este término durante esos meses hasta variar su significado originario y convertirse en un término demonizado que se emplea como arma de destrucción política.

Observamos, pues, la dificultad para establecer una definición unívoca, salvo en definiciones tan extensas que resultan poco útiles. Así, la RAE lo define como:

Tendencia política que pretende atraerse a las clases populares. U. m. en sent. Despect.

La idea dependiente de lo que se entienda por “clases populares” no aclara gran cosa, porque es de suponer que toda tendencia política quisiera atraerse a la mayor parte posible de la población, y las llamadas clases populares no suelen ser cuantitativamente escasas.

En segundo lugar, a la complejidad definitoria se suma el hecho de que el término se usa en muchos contextos distintos y contradictorios. Según Carlos Elórtogui (Elórtogui, 2013), que cita a su vez a Indro Montanelli,

El origen del término probablemente nace en el periodo de la última República romana, cuando apareció una serie de líderes llamados “populares” o *factio popularium*, “partido de los del pueblo”, que se opusieron a la aristocracia tradicional conservadora y apostaron por el uso de las asambleas del pueblo para sacar adelante iniciativas destinadas a la mejor distribución de la tierra, el alivio de las deudas de los más pobres y la mayor participación democrática de la población

Y el propio Elórtogui añade:

Delimitar el populismo como tal no es fácil, pues se ha vuelto un concepto confuso para el mundo de las ciencias sociales. Sus definiciones son múltiples y hasta contradictorias, apelando a fenómenos diferentes y a veces muy amplios.

En efecto, por un lado se califican como populistas partidos o movimientos de “extrema derecha” europeos de características nacionalistas radicales y xenófobas; por otro, a partidos o movimientos de inspiración progresista en Latinoamérica, e incluso históricamente a movimientos de caudillaje que han dado lugar a múltiples tendencias conservadoras o progresistas. A veces incluso se identifica como populista a una posición política por ser de dudosa calidad democrática o por tener una base religiosa o tradicional.

Especial atención merece el ejemplo reciente de dos fenómenos claramente contradictorios que reciben en los medios de comunicación el calificativo de “populista”. Es el caso de Italia donde la Liga Norte y el Movimiento Cinco Estrellas son considerados populismos, cuando en modo alguno resultan movimientos comparables ni por su origen ni por su evolución ni por su ideología. Algunos sostienen que el denominador común que les une es una profunda crítica a ciertas políticas de la Unión Europea identificadas con un status quo rechazable.

Ante esta disyuntiva cabría preguntarse si el populismo es simplemente un movimiento de rechazo a las oligarquías reales o supuestas, una ideología identificable o un mecanismo instrumental para llegar al poder, sustentarlo y conservarlo. Esto está estrechamente relacionado con lo que apuntan algunos sectores que ven el populismo una amenaza para el futuro de Europa y para la integración de los países y la garantía de la paz social.

Al respecto cabe destacar dos aspectos. En primer lugar, el populismo debería entenderse como una estrategia o un modo de “hacer política” más que como una ideología definida. Como afirma Carlos de la Torre (De la Torre, 2003), citado por Elórtegui:

El análisis del populismo es de alguna forma circular y escapa a conceptos estrechos. Los apelativos al pueblo y la movilización popular son parte de la política. El populismo es una relación social que tiene que ver con la forma en la cual se incorporó la gente común a la política como ‘el pueblo’, que es diferente y está en oposición con ‘la oligarquía’. Dado que las aspiraciones democráticas siguen siendo en gran parte promesas incumplidas, el populismo es una tentación recurrente de las democracias. Se necesita estudiar las manifestaciones específicas de los populismos en diferentes momentos históricos y en diferentes culturas políticas.

En segundo lugar, las connotaciones negativas son mucho más frecuentes que las positivas cuando se aborda el estudio evolutivo del término, y es usual que se utilice como descalificante del adversario. Ello explicaría el uso de populista como arma política para atacar a un partido o movimiento que se percibe contrario y del que se tiene además la sospecha de que pretende una agresión a la democracia o al sistema político instituido.

2. Hacia una definición actual de populismo

Si el populismo puede aparentemente producirse en sociedades ricas y pobres, con sistemas autoritarios o democráticos, como rebelión o como conservadurismo extremo, como movimiento de masas tan extenso que pierde su propia esencia con facilidad o como un fenómeno sectario, resulta de interés señalar algunas de las características que definen el discurso populista.

Así el término en su acepción negativa comporta:

- - Enfoque de masas y de apoyo mayoritario, por tener voluntad de dominio perdurable.
- - Soluciones simplistas frente a los problemas globales, fruto del análisis a corto plazo.
- - Conexión emocional, más que racional, entre dirigentes y partidarios.
- - Evaluación exagerada de las circunstancias sociales y/o económicas difíciles o de problemas sociales complejos a resolver.
- - Denuncia reiterada de la incapacidad del poder establecido para solucionar esas dificultades.
- - Rechazo al sistema político previo o alternativo reflejado en el descrédito voluntario de sus instituciones.

- - Uso basal de tópicos y elementos del pasado, pero con proyección utópica en el futuro.
- - Liderazgo fuerte y toma de decisiones aparentemente de forma colectiva, pero en la práctica oligárquica con mecanismos políticos de cooptación en lugar de elección abierta.
- - Defensa de intereses globales de un grupo identitario homogéneo definido como “verdadero” frente al colectivo heterogéneo “falso”.
- - Pretensión de dominio informacional y cultural. Debe mantener sin discusión el contacto emocional con el pueblo a través del control de las ideas.

Resulta complejo diferenciar las características esenciales del populismo de las circunstancias de su origen en cada caso debido a que la propia irrupción de un fenómeno populista determina en gran medida su esencia y evolución. Por ejemplo, la definición identitaria de origen equivale a una división en dos partes de la sociedad: los “míos”, y los “enemigos”; y la vivencia y uso iniciales de esa identidad influyen de manera relevante en el devenir del fenómeno populista. Habría que advertir, tal y como apunta Toni Judt, historiador británico de origen judío en “El refugio de la memoria” (Judt, 2011), que:

Identidad es una palabra peligrosa. No tiene usos contemporáneos respetables.

Por tanto, y partiendo de los casos pragmáticos que los movimientos populistas realizan sobre el proceso identitario, el populismo sería un conjunto de razonables o aceptables fines alcanzables (o utópicos) con ruptura social. Así pues, en la delimitación del populismo frente a otras estrategias o actitudes políticas debería tenerse en cuenta su esencia paradójica, la cual podría explicar su extensión y la dificultad de su comprensión.

Según esta postura, el populismo podría entenderse como una paradoja inconsciente de los partidarios, y ello explica la coexistencia de dos escenarios que se presentan contradictorios: la proliferación de buenos fines –aunque en la mayoría de los casos de naturaleza utópica– con medios que a simple vista podrían resultar peligrosos.

Esta contradicción se manifiesta también en determinados elementos definitorios:

- - Obtiene su poder del pueblo, pero no suele desarrollar el espíritu crítico individual para mantener la lealtad y obediencia.
- - Aspira a ser pragmático (promueve una respuesta sin demoras a los problemas que afectan a la sociedad), pero sin atender a la compleja realidad.

- - Debe contar con apoyo mayoritario del pueblo, pero sin tener en cuenta la pluralidad de la voluntad popular.
- - Se enfrenta a un enemigo imaginario, pero en ocasiones elude los obstáculos reales.
- - Pretende soluciones utópicas definitivas sin considerar las dinámicas sociales.
- - Debe defender los intereses globales pretendidamente homogéneos en una sociedad heterogénea –incluso en su propio grupo–.
- - Aspira a convertirse en un movimiento revolucionario frente al poder establecido, pero se estructura de forma rígida y jerárquica.

3. Populismos benignos, patológicos y malignos

Por todo ello, el populismo puede tener éxito como una estrategia para alcanzar el poder –especialmente en periodos de crisis–, pero puede presentar ciertas dificultades para obtener desde ese poder resultados en el ámbito económico y social, especialmente a lo que se refiere a la integración y a la convivencia. Esto es, el descontento social que en un primer estadio sirve como fuerza inicial, puede volverse en contra si la situación objetiva se deteriora y la población dispone de mecanismos democráticos de rechazo.

No obstante, existen diferentes realidades o niveles que manifiestan distintas clases de populismos. En este sentido se pueden observar tres tipos de movimientos populistas en función de su acceso democrático al poder en una sociedad suficientemente libre:

- - El populismo “benigno”, que utiliza cierta demagogia para llegar al poder, pero que mantiene la suficiente legitimidad y lealtad democrática como para abandonarlo en caso de derrota electoral.
- - El populismo “patológico”, que sólo abandonará el poder tras un gran nivel de trauma social fruto de la violencia estructural y cultural, aunque por medios relativamente pacíficos en términos de violencia física.
- - El populismo “maligno”, que se resiste a entregar el poder incluso en derrota electoral, y cuyo fracaso a medio o largo plazo puede inducir al deslizamiento hacia el totalitarismo para conservar el poder, como se analiza en el apartado siguiente.

4. La mediatización del discurso populista

La acusación de populista en la política actual es una práctica habitual sobre todo en su transmisión mediática. Sirva como ejemplo los discursos de los principales candidatos a las últimas elecciones presidenciales de Francia en

los que Marine Le Pen se autodefinía como "candidata de Francia y del pueblo" en una defensa a ultranza del patriotismo frente al "totalitarismo económico" y "religioso" (ABC, 04/04/2017). También el actual presidente, Emmanuel Macron, buscó la unión de "patriotas" franceses para ganar a Le Pen (El Mundo, 22/04/2017).

Esta asociación de ideas, "populista", "pueblo" y "patriotas" establece un nuevo punto de partida a nivel conceptual y apela directamente al componente emocional más que racional del electorado.

Es precisamente en este contexto en el que resulta esencial el papel que ejercen los medios de comunicación convirtiéndose en elementos clave para entender fenómenos nunca vistos, y en lo que aquí interesa, el uso que de esos medios hace y puede hacer el populismo.

Volviendo a Elórtégui que, aunque escribe centrado en Latinoamérica, ofrece elementos generales sobre la aportación de los medios en la determinación de las prácticas populistas:

La perplejidad y el misterio que emanan de los contornos del populismo, interpretado como irregulares o mal definidos, probablemente lo seguirán siendo si no se incorporan nuevas miradas. La de la comunicación puede ser una contribución teórica y metodológica que complementa lo escrito hasta hoy.

Y sostiene, al igual que otros autores, que se está:

perfilando una política dependiente de personalidades y una creciente relación mediática con los electores. Incluso, pensadores sociales se refieren a un "populismo mediático" en busca de apoyos sociales, donde la capacidad integradora del Estado se pierde gradualmente, y la ideología del mercado sustituye a la de la nación. La crisis del Estado es también consecuencia de la descomposición de la clase política, como resultado de procesos que desembocan en una práctica autodestructiva: la política del escándalo, la que utiliza los soportes periodísticos para expandirse. Los niveles de denuncia de la corrupción son altos y van proporcionando un material informativo constante, por lo que el debate político aparece dominado por las denuncias, contradenuncias y desmentidos sobre abusos de poder, robos e ilícitos en general.... El resultado es el desprestigio de la clase política y, en último término, junto a otros factores que lo explican, un deterioro de la legitimidad del Estado.

En definitiva, el rol de los medios de comunicación como mediadores, generadores y multiplicadores de noticias es fundamental, pues su acción desde parámetros éticos y profesionales contribuye a la construcción de una opinión pública libre. Esto es, el papel de los medios y las redes sociales puede ser demoledor, porque como dice Alain de Benoist (Benoist, 2005)

Si la verdad no vale por sí misma, sino solamente en tanto que pueda ser puesta al servicio de una causa o de una creencia determinada, entonces ya no hay verdad que valga.

No conviene menospreciar la estrategia discursiva utilizada por determinados grupos y organizaciones populistas basada en procesos de manipulación incluso a medio y largo plazo (a la buena gente, o a la gente pobre, o a nuestro grupo o nación nos roban, nos invaden, nos marginan, etc. y todo está “peor que nunca”) a costa del desprecio por la verdad y los datos objetivos. Como afirma Waisbord (Waisbord, 2014):

El populismo concibe al periodismo desde su visión binaria de la política... así, el populismo rechaza la idea de “periodismo profesional”, justo por su inherente dependencia de intereses determinados; no puede pretender ejercer control soberano de su trabajo dentro de empresas privadas.

Más adelante mantiene que:

El populismo cuestiona dos principios subyacentes al profesionalismo: la visión liberal de la prensa y la idea de la profesión como institución anclada en la sociedad civil con fines diferentes del Estado y del mercado.

Y no es casual que, según este autor, el populismo descalifique al ámbito privado a la vez que critica a los medios de comunicación públicos, porque aspira al control de estos últimos, pero también a la eliminación o subordinación de la libertad de prensa privada.

Esta reflexión plantea, pues, dos cuestiones de gran importancia en cuanto a lo que podemos denominar como “populismo mediático”: por una parte, la dicotomía esencial de actitudes personales del profesional de la comunicación, la búsqueda de la verdad o la guerra ideológica; y por otra, el papel de los nuevos cauces comunicativos que proporciona internet (medios online, blogs, redes sociales, etc.). Y todo ello en un contexto de crisis de los medios tradicionales.

Si se valora la actualidad a partir de un corto recorrido histórico, es indiscutible pero clarificador lo que afirma Antonio Pasquali (Pasquali, 2011):

Obsérvense a vuelo de pájaro los ochenta años recién transcurridos, signados por el predominio de una Radiotelevisión que, al funcionar cual diodo que vehicula flujos en un solo sentido, introduciría rasgos profundamente antidemocráticos en la circulación de mensajes... Tocaré a nosotros y a nuestros descendientes defender de censores y espías la libertad en el uso de estas dos poderosísimas tecnologías (se refiere a la telefonía y a internet) esencialmente democráticas y anti-dictatoriales.

Dos tecnologías vehiculadas hoy día en los dispositivos móviles, que deberían ser el instrumento por excelencia de la democracia. Porque la comuni-

cación posibilita las dimensiones requeridas para que los sectores populares formen parte activa en la participación política, pero con ciertas premisas, como advierte Waisbord:

La democracia como sistema de derechos no repara automáticamente las desigualdades de los sistemas de medios o la comunicación pública.

Y el medio no nos garantiza su correcto uso. Sirva como ejemplo la evolución del optimismo al pesimismo por parte del ámbito progresista estadounidense acerca de la utilización política de las redes sociales al comparar las tres últimas elecciones presidenciales.

Según Fernando García Naddaf (García Naddaf, 2017)

Según los partidarios del uso de las redes sociales, las pruebas más claras de su efectividad en política electoral parten de las campañas “progresistas” de Barack Obama en 2008 y 2012.

Pero refiriéndose a Trump, afirma:

Al publicarlos en sus medios tradicionales, el efecto del tuit o de la publicación en Facebook se multiplica... No es que los millones de seguidores de Trump vean en forma directa los tuits de Trump. Esos son los menos. La gran mayoría de quienes se enteran de los tuits de Trump lo hacen porque han sido recogidos y amplificados por otros medios: radio, TV, diarios electrónicos, etc.

En este sentido se expresa Miquel Pellicer (Pellicer, 2017), experto en comunicación política y redes sociales, quien recoge en una entrevista la opinión de Enrique Cocero:

[...] las redes sociales no funcionan de forma autónoma. Funcionan de forma conjunta a los medios de información masiva y Donald Trump supo aprovechar esa inercia.

5. Conclusiones

La compleja definición de populismo provoca su utilización en diferentes contextos y entornos mediáticos y políticos que en ocasiones resultan contradictorios. En su acepción negativa se advierte de su peligrosidad porque perjudica a la sociedad al menos de dos maneras: por una parte, deteriorando la legitimidad de los sistemas democráticos de libertades, y por otra, enturbiando y dilatando en el tiempo el análisis y abordaje de los verdaderos problemas sociales.

Frente a esta amenaza el papel mediador del periodismo y de los medios de comunicación es vital, porque se puede convertir en la mejor defensa de la democracia o el vehículo para su deterioro. Y ese papel se realiza en un ámbito tecnológico esencialmente más plural, ya que facilita la creación de

múltiples versiones de la realidad que puede prevenir a la sociedad del pensamiento único, pero que también puede ser usado para el engaño y la manipulación.

La pluralidad de los medios de comunicación como generadores de la opinión pública en sociedades interconectadas y complejas protege a la ciudadanía del riesgo de sistemas autoritarios que requieren un dominio absoluto de las fuentes informativas. Sin embargo, el próximo futuro ha de estar lleno de trabajo consciente y reflexivo frente a las fórmulas simplistas y manipuladoras —como la amenaza, por ejemplo, de fenómenos como la fake news—. No existen otros medios más que la educación social y la vigilancia consciente, y en eso estriba la trascendencia del trabajo de los profesionales de la comunicación, de los empresarios, de los dirigentes políticos democráticos y de los ciudadanos receptores, quienes en nuestra contemporaneidad se han convertido a su vez en generadores de información y de ideas.

Referencias bibliográficas

- BOLAÑOS CARMONA, J. y ACOSTA MESAS, A. Una teoría de los conflictos basada en la complejidad. En Muñoz, F. y Molina, B. (Eds.) (2009). PAX ORBIS. Complejidad y conflictividad de la paz. Editorial Universidad de Granada.
- CHILLÓN, A. y DUCH, L. (2016) Sociedad mediática y totalitarismo. Antropología de la comunicación Vol. 2. Ed. Herder.
- DE LA TORRE, C. (2003). “Masas, pueblo y democracia: Un balance crítico de los debates sobre el nuevo populismo”, en Revista de Ciencia Política, volumen XXIII, núm. 1. Pontificia Universidad Católica de Santiago. Santiago de Chile.
- DE SANTIAGO GUERVÓS, J. (2017). “La relexicalización en el discurso político actual el ejemplo de ‘populismo’ a través de la prensa española Boletín de la Real Academia Española, Tomo 95, Cuaderno 312, pp. 471-500.
- ELÓRTEGUI GÓMEZ, C. (2013) Populismo y comunicación. La política del malestar en el contexto latinoamericano. Editorial UOC.
- GARCÍA GUTIÉRREZ, A. (2016) Frentes digitales. Totalitarismo tecnológico y transcultura. Comunicación Social, ediciones y publicaciones.
- GARCÍA NADDAF, F. (2017) La ficción política de las redes sociales. Ed. Biblos.
- JUDT, T. (2011) El refugio de la memoria. Ed. Taurus.
- KLEIN, N. (2017) Decir no no basta. Contra las nuevas políticas del shock por el mundo que queremos. Ed. Paidós.
- MUÑOZ, F. y BOLAÑOS CARMONA, J. La praxis (teoría y prácticas) de la Paz Imperfecta. En Francisco A. Muñoz, Jorge Bolaños Carmona (eds.) (2011) Los habitus de la paz: teorías y prácticas de la paz imperfecta. Editorial Universidad de Granada.
- ORWELL, G. (2015, 9ª edición) 1984. Debolsillo.
- PARDO, J. L. (2016) Estudios del malestar: políticas de la autenticidad en las sociedades contemporáneas. Anagrama.
- PASQUALI, A. (2011) La Comunicación Mundo. Releer un mundo transfigurado por las comunicaciones. Comunicación Social, ediciones y publicaciones.
- PELLICER, M. (2017) La comunicación en la era Trump. Editorial UOC.

- PETRI, L. (1983) El desafío entre democracia y totalitarismo. Ed. Península.
- TRAVERSO, E. (2001) El totalitarismo. Historia de un debate. Eudeba, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- WAISBORD, S. (2014) Vox Populista. Medios, periodismo, democracia. Gedisa.
- WATKINS, P. (2017) La crisis de los medios. Ed. Pepitas de calabaza.